

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8389

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 5

PRECIO DE SUSCRIPCION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'75 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

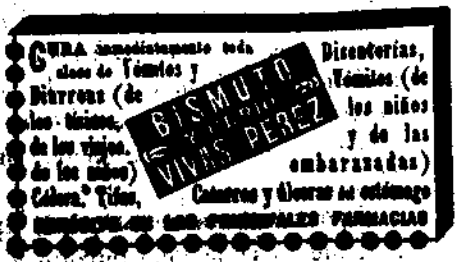
Miércoles 23 Octubre de 1889.

DESPIERTA.

Despierta Elisa: el matinal albor
Las densas sombras ahuyentando va,
Y vuella el aura perfumada ya,
Sus alas leves en la fresca flor.
Ven, no hay encanto, para mi mayor
Que el que tu vista á mis sentidos da,
Ven, que en las tazas humeando está
El aromado y sin igual licor.
Café de El Barco de Valencia es,
De el que te gusta con pasión á ti
Porque conserva á par nuestra salud.
Por él sin fiebre y con color te ves,
Por él me tienes á tu lado á mí
¿Serás ingrata con El Barco tú?

Los exquisitos chocolates, cafés y tés de El Barco de Valencia se venden en todas las tiendas de ultramarinos en la provincia de Murcia, representante general para las ventas al por mayor Benigno Sánchez Risueño, 3 Ciudad 3. Cartagena.

Recomendamos.—Quinina dulce Bacta.—(Véase anuncio 3.ª plana.)



CONTINUA LA TRATA.

Desconsoladoras son las noticias que respecto á la emigración á Chile encontramos en los periódicos de Barcelona.

El Estado de aquella localidad se indigna con sobrada justicia contra el descuido, el abandono y la miseria brutal con que los negreros de la trata de blancos dejan á los infelices emigrantes.

Llegan hasta tal punto, que muchos de los desgraciados emigrados, prefieren volver á la miseria de que huyen, que en entregarse á la vil espoliación de que son objeto.

No se considere exagerado este lenguaje. No desconocemos que la emigración lenta, paulatina y normal tiene su explicación y hasta, si se quiere sus ventajas.

Ahora con emigración tumultuaria estimulada por las predicciones de cuatro traficantes sin pudor ni conciencia, agitada por la venta de romances de ciego lleno de falaces y estúpidas mentiras, es un hecho que pugna contra las leyes naturales y contra la santidad.

Por cierto que si un periódico aun el más serio, estampa una noticia falsa inconscientemente, se ve sujeto á la represión gubernativa judicial. Y tenemos nosotros á la vista dos romances callejeros pregonando la emigración á Buenos Aires y á Chile, que corren impunemente llenos de las más groseras falsedades, hasta figurar inscritos, por sangrienta burla, en el registro de la propiedad literaria.

Véase lo que dice El Estado de Palma respecto á uno de los cajistas de su imprenta, para quien ignoran vanos todos los consejos y todas las advertencias:

«Dura debe haber sido la impresión recibida en Barcelona por el honrado obrero, tremendos los padecimientos sufridos allá, bajo los tinglados del Rebañ, cuan-

do el inquebrantable emigrante, el terco expatriado, nos telegrafió ayer diciéndonos:

«Completamente desengañado no embarco para Chile. Regreso á esa.»

Interin conocemos los detalles de su penoso viaje de cuatro días ¡quiera Dios que no digan los agentes de reclutamiento que hemos pagado el viaje al repatriado, para fingir la comedia y tener un dato nuevo y de relumbrón en que apoyarnos!»

Y sobre lo mismo dice La Almudaina:

«A nosotros nos toca añadir, que se presentó anoche en nuestra redacción, uno de los emigrantes salidos el jueves último en el vapor Palma con objeto de tomar en Barcelona el vapor francés que debía conducirlos á Chile.

De su boca hemos oído todos los detalles de sus tristísimas jornadas. Después de una noche de continuos chubascos, los desembarcaron en el puerto de Barcelona, dejando abandonado en los andenes el macilento rebaño emigratorio. El vapor francés no parecía. Vino la noche, la lluvia y la tempestad; y todos, grandes y pequeños, pasaron la noche sobre la dura tierra, seca y mojada. A la mañana siguiente clamaron todos y pusieron el grito en el cielo, pidieron comida y abrigo contra la intemperie mientras llegaba el suspirado pontón.

Entonces el tratante se presentó con unas doscientas libretas de pan, que al ser repartidas entre el millar de hambrientos, eran objeto de lucha tenaz y desesperada. Por la noche unos fueron conducidos á miserios establos, que otro nombre no merecen aquellas habitaciones, donde también durmieron en el suelo; y otros, que ya no cupieron allí, la pasaron en el mismo sitio de antes.

En una palabra; algunos catalanes como pasivos lograron disuadir á muchos de los incautos, desfalleciendo de hambre los que no iban provistos de dinero.

Más de cuarenta mayorquines desistieron de continuar su viaje hasta Chile, entre ellos el que nos ha referido estos informes y es natural de Campos. De estos unos regresaron ayer y otros quedan errantes en Barcelona por falta de recursos.

Para terminar, entregaremos á la consideración del público, y de las autoridades el siguiente hecho. El agente que despacha y gestiona la contratación de pasajes gratis á los emigrantes exige cinco duros por adelantado á cada una de las personas que solicitan aquella gracia, negándose á tramitar su solicitud si no los satisface. Estamos dispuestos á justificarlo.

¿Está permitida por las disposiciones vigentes esta exacción?»

MEMORIAS DE STANLEY.

Este ilustre explorador del continente africano, ha escrito una carta que ha publicado la revista alemana Mittheilungen en la que el viajero refiere sus experiencias y ha tenido que sufrir con su gente hasta llegar á conocer las astucias de que se valen los salvajes para hacer á los extranjeros una guerra sorda y sin cuartel.

Todo cuanto la imaginación de la gente no civilizada puede concebir en punto á astucias y crueldades, forma el sistema de hostilidades de aquellos indígenas. Una de sus más usadas estrategias consiste en abrir en los senderos, á cortos trechos, pozos de poca profundidad, en cuyo fondo colocan agudas puntas; los caminantes se precipitan en estos pozos apenas posan su planta sobre las anchas hojas que, hábilmente colocadas, ocultan la boca de la zanja. Como los servidores de Stanley marchaban siempre con los pies desnudos, producíanse al caer heridas que casi siempre eran mortales, pues las espinas en el fondo colocadas pertenecen á unos arbustos cuyo jugo, al mezclarse en la sangre, produce la gangrena.

Para llegar á una ciudad había, por ejemplo, dos caminos, uno llano, recto y breve; otro tortuoso, accidentado y más largo. Era lógico que los viajeros optasen por el primero. Entendiendo así los salvajes, y llenaban la ruta de zanjas; otras veces cortaban los puentes, y al pasar sobre ellos los caminantes, caían precipitados al abismo. Hoy no sufre tanto Stanley, porque conocidas estas mañas, prefiere el más largo de los caminos y no marcha sin que á cada paso se reconozca el terreno.

Antes de entrar en la ciudad, término del viaje, les estaban reservados nuevos sufrimientos. Los indígenas tienen siempre centinelas avanzados. Al percibir á los extranjeros, acaudilan aquellos su llegada con un ruido de tambor. Una jauría de cañes les sale al encuentro, arrojando sobre ellos una verdadera lluvia de flechas.

A medida que penetraban en el país, aumentaban los peligros. Cerca de los rápidos de Nyanza, la gente de Stanley fué atacada en toda regla por los indígenas que los rechazaron parapetados tras de lobos pías de troncos. Sus armas se redujeron al arco y la flecha; pero, ¡desgraciado del que caía herido! Aquellas flechas estaban envenenadas. De seis heridos murieron cinco.

El teniente Stairs, que recibió un flechazo en un hombro, pudo restablecerse después de un mes de convalecencia, y si no murió es porque el veneno del dardo no era fresco, condición precisa para que el efecto sea mortal.

Otro de los heridos lo fué sólo de una insignificante rozadura en un pie. A los cinco días murió entre las convulsiones horribles del tétano. Esta enfermedad se declaró en otros heridos á las pocas horas. «Sentía viva curiosidad, dice Stanley, por analizar el veneno que tales efectos producía; volviendo de Nyanza de repartir socorros á los hombres de mi columna, nos detuvimos en Avisibba.

Curioseando entre las cabañas, encontramos paquetes de hormigas rojas, secas.

Recogí unas cuantas, no sin precauciones, y logré averiguar que esos insectos, seros, pulverizados y coridos en aceite de palma producen la mistura con que usaban nuestros enemigos las puntas de sus flechas.

Mallado insecto á cuyos efectos tantos hombres habían sucumbido en la flor de su vida.

La gran hormiga negra, cuya picadura ocasiona una abultada ampolla, al ser preparada de la manera que la roja, sería aún más venenosa.

Acaso los salvajes lo ignoran.

La pequeña hormiga gris contiene también un veneno que, al mezclarse con la sangre, produce una sensación casi agradable al principio, pero que se cambia pronto en una excitación intolerable que dura meses enteros, al cabo de los cuales se declaran las convulsiones y síntomas del tétano.

Todos estos venenos se preparan en el bosque.

Los químicos cuidan mucho de ocultarse, y apartados de toda mirada indiscreta en el corazón de las selvas, fabrican sus infernales misturas.

Embaldurnan con ellas las flechas y las cubren luego con hojas frescas para no ser víctimas de su veneno mismo, en virtud de un inevitable descuido.

Tales son los más interesantes párrafos de estas Memorias publicadas en Alemania y suscritas por el ilustre explorador norteamericano.

Variedades.

Solución á la charada insertada en el número anterior.

MARTOS.

Charada

Ayer tomé tres y dos
sin preconcebido plan
y en el campo me encontré
por pura casualidad:
Vi un prima tres á lo lejos,
y andando, sin desconfiar,
me dirigí donde estaba
por poderlo contemplar
de cerca: de pronto vi
un todo que estaba allá
y hacia mí se dirigía:
saludome con frialdad
y yo tomando su ejemplo
contesté de modo igual
él sin mirarme á la cara
dijo así: ¿quiereis comprar
un prima tres que es mío?...
Lo compro dije, y sin más
razones, me pidió precio,
acepté sin titubiar
y pasito tras pasito
me vine hacia la ciudad
para regalar la compra
á mi prima y prima más.

La solución en el número próximo.

AUTORIDAD.

Las autoridades han dado en permitirlo todo, aunque para ello tengan que mostrarse débiles á los ojos de los fuertes.

Si señor: todo el mundo hace lo que quiere sin que nadie ponga coto á los abusos, que ni son pequeños ni pocos, los que á cada paso se cometen.

¿Qué razón hay para permitir que pared por medio de mi casa, (la que está á la disposición de ustedes) haya una máquina de chocolate, y que esa máquina trabaje especialmente por las madrugadas, y que los vecinos hayamos de despertar infaliblemente todos los días á esas horas?...
El chocolate que fabrica esa máquina es excelente, superior, exquisito, pero yo lo aceptaría menos refinado en tal de dormir bien toda la noche.

Mi amigo Patricio se dedica á domesticar pulgas, con las cuales él gana la vida honradamente en tiempos de fiestas exhibiéndolas en su casa.
En el segundo piso de su casa, habita don Tomás, el fogot de la parroquia, el que se pasa las horas mirando haciendo ejercicios fogotistas.

A eso llama Patricio un abuso, y no deja de tener razón; porque como es consiguiente, en los desahogos de embocadura, suele ser mi-